

Los sonidos de la paz

TEXTO DE VIS MOLINA
FOTOGRAFÍAS DE JASON KEITH

Su maestría, el dominio de los autores que interpreta, su mágico diálogo con la orquesta cuando ejerce de director, junto a la maravillosa combinación de fuerza y lirismo que demuestra como concertista, han convertido a este judío errante en un mito. Mientras tanto, él no se cansa de reivindicar la vocación humanitaria y pacificadora de la música en una sociedad repleta de odio y violencia. Porque la paz en Oriente Medio sigue siendo su obsesión y su reto.

Tres días en Barcelona para dirigir la Novena Sinfonía de Mahler, interpretada por la Staatskapelle de Berlín en un marco que él adora, el Palau de la Música. Lo primero que hace al entrar en su camerino es quitarse la chaqueta y arrancarse la corbata de un manotazo. Se dispone a comer muy frugalmente, porque en una hora empiezan otra vez los ensayos. ¿Cuál debe ser el menú de un personaje como éste?, me pregunto. Crackers con jamón dulce y un plato de fruta fresca recién cortada: melón, plátano, kiwi, manzana y granos de uva morada. Todo ello regado con agua mineral sin gas. Como broche, un grueso puro y un café con leche en una taza de generoso tamaño. Me ofrece unas galletas que yo rechazo y él también. “Estoy intentando perder peso”, me dice, y señala la curva redondeada que traza su camisa al llegar a la altura del estómago, antes de bajar perezosamente hasta posarse sobre la hebilla de un austero cinturón negro.

¿Ser un niño prodigio marca para siempre?

Pues sí, supongo. Yo nací en Buenos Aires, en la calle Arenales, muy cerca del Teatro Colón. Mis padres fueron mis primeros profesores de piano. A los ocho años di allí mi primer concierto, una sonata para piano de Mozart. No sé si eso es ser superdotado o niño prodigio, lo que sí es verdad es que desde muy pequeño mostré una gran inclinación hacia la música y parecía tener aptitudes para interpretarla. Eso, junto al hecho de que mis padres se dedicaban a la docencia musical, me abocaron irremediabilmente a mi destino. Y sí, a veces me sentía muy distinto a los niños de mi edad.

Y se va vivir a Israel, dedicado ya a la música por entero. ¿Era ésa una vida adecuada para un niño?

Mis padres eran músicos inmigrantes ruso-judíos y, cuando yo ya había cumplido los nueve años, nos fuimos a vivir a Israel, donde continué las clases de piano con mi padre. A los diez años empecé a

viajar dando conciertos por el mundo entero, Viena, Roma, Estados Unidos, Australia, Sudamérica, Oriente... Es la vida que me tocó vivir y yo entonces ya sentía una gran pasión por la música. Para mí eso no era un sacrificio, yo me sentía diferente y creía que ése era mi sitio, el lugar en el que debía estar.

¿Echaba de menos algo de Argentina?

Cuando eres niño enseguida te adaptas a las nuevas situaciones. Sigo teniendo pasión por el dulce de leche, me emociono cada vez que piso suelo argentino y, a medida que me he ido haciendo mayor, ha aumentado la admiración que siento por mi país natal. No he visto mayor cosmopolitismo ni capacidad de integración que en Argentina. Allí conviven sirios, judíos, italianos, españoles, alemanes, árabes... y todos son argentinos. Es realmente increíble.

Y de ahí a Europa, donde se vuelca en sus estudios musicales.

Sí, tuve la suerte de tener prestigiosos maestros como Igor Markevich en Salzburgo y Nadia Boulanger en París. Fueron años decisivos en mi vida y en mi formación, en los que, además de estudiar, seguía dando conciertos por el mundo. Debuté como director de orquesta a los 15 años.

En la década de los 60, Daniel Barenboim se instala en Londres dispuesto a triunfar como director de orquesta y concertista de piano. Allí conoce a Jacqueline du Pré, una jovencísima violonchelista inglesa que asombraba al mundo entero con su personal interpretación de los clásicos. La atracción que surge entre ambos es inmediata, les une su infancia de niños prodigio y su gran comunicación musical. Ella se convierte al judaísmo y en 1967 contraen matrimonio en una brillante ceremonia que se celebra en Israel y a la que asisten personalidades como David Ben Gurion, entonces presidente del país, y Zubin Mehta, compañero de estudios de Barenboim en Viena. Junto al violinista judío Pinchas Zuckerman, forman un trío que se hace legendario. La afinidad que surge entre los tres músicos, la capacidad de comunicación y la habilidad para dialogar con los instrumentos queda patente en sus apariciones en festivales y conciertos y en todas sus grabaciones, aclamadas unánimemente por la crítica. Pero, al poco tiempo, Du Pré recibe la peor noticia de su vida, le diagnostican esclerosis múltiple, enfermedad que la obliga a retirarse de los escenarios con 28 años y que la lleva a la tumba en 1987, recién cumplidos los 40.

Sus dos mujeres han sido músicas brillantísimas. ¿Es imposible el matrimonio con alguien ajeno a esta profesión?

No, por supuesto que no. Conozco matrimonios muy sólidos de músicos que comparten su vida con personas que no tienen nada que ver con esto. Pero en mi caso no ha sido así. En mis dos matrimonios la música ha significado un vínculo intensísimo entre nosotros. Mi actual mujer, Elena Bashkurova, es una de las mejores pianistas del mundo. Y algo hemos debido transmitirle a nuestros dos hijos, porque también se dedican profesionalmente a la música. El mayor, David, es pianista y guitarrista y se dedica al hip-hop, y el

“Sé que la música no va a resolver el conflicto árabe-israelí, pero al menos sirve para promover encuentros entre personas y culturas diversas. Y empeñarme en eso es lo más valioso de mi trayectoria”





PERSONAJE Daniel Barenboim

“Estar en mi casa tocando el piano me proporciona un placer inmenso, es algo casi físico”



segundo, Misha, es violinista. “Sin música, el mundo sería un error”, dijo Nietzsche, y yo comparto esa frase. La educación musical está en crisis en el mundo entero. La música se separa cada vez más de la vida social y cultural y se aprecia como algo especializado, pero es muy importante recordar que no es sólo una colección de notas, sino que tiene un contenido único, amplio y diverso que no se puede articular con palabras y que responde al deseo de su compositor de expresar ciertas cosas. Tiene algo que está permanentemente unido al ser humano de una manera muy íntima.

¿Qué se puede hacer para que los niños y los jóvenes sientan entusiasmo por la música?

Hay que poner la música en los currículos de la educación, ya desde el jardín de infancia y durante todos los años de escolaridad. Hay que conseguir que la música se estudie igual que la geografía o la química. Debería usarse para enseñar ciertas cosas a los niños, como la disciplina. Esta es indispensable en la educación, igual que la distribución del tiempo, pero es mucho más fácil y divertida de aprender si se hace a través del ritmo. Yo he fundado en Berlín, donde está mi casa, un jardín musical de infancia, para que los niños aprendan educación por y con la música. Luego, en la pubertad, el adolescente siente por primera vez la pasión. Nuestro gran problema como seres humanos es aprender a vivir con pasión y disciplina a la vez, porque sólo con disciplina no se puede vivir. Y esto nos lo dice Mozart en cualquiera de sus sonatas.

Y... ¿sólo con pasión? ¿Podríamos vivir sólo con pasión?

(Largo silencio) No, imposible. Y se lo dice alguien que es muy apasionado.

En su caso, ¿el pianista se come al director de orquesta o es a la inversa?

No sabría decirle, me siento tan feliz y tan pleno en una faceta como en la otra. Hacer de director es apasionante, pero no se tiene el contacto físico con el sonido que se siente cuando se está tocando un instrumento.

¿Y la relación con el público cambia en una u otra faceta?

No, se le nota por igual. Del público hay que olvidarse cuando se está en el escenario, para comunicarse con él de una forma realmente intensa y, sobre todo, para que se acerque a ti. Si estás pendiente de llegar hasta el espectador que está en la fila 27, estás desperdiciando tu energía de una forma atroz. Por el contrario, si estás abstraído y concentrado en ti y en el sonido, tu energía es inmensa y eso atrae al público como un imán. Se trata de atraer y no de proyectar, y eso es lo verdaderamente mágico.

Barenboim, que debutó como director de orquesta en 1967 al frente de la Philharmonia de Londres, ha dirigido durante 15 años la Chicago Symphony Orchestra y es director vitalicio de la Staatskapelle de Berlín. En 1999, con Edward Said (profesor de Literatura, escritor, músico, cristiano palestino nacido en Jerusalén y educado entre Egipto y Estados Unidos, fallecido en 2003) funda la orquesta West Eastern Divan, en Andalucía, integrada por jóvenes músicos israelíes, palestinos, egipcios, sirios, libaneses y jordanos, que se reúnen todos los

veranos para estudiar y trabajar juntos durante unas semanas, para luego salir de gira por distintos países, demostrando que la música hace posible la convivencia y la comprensión entre diferentes culturas e ideologías. Este proyecto tan complicado como ambicioso les llevó, a Said y a Barenboim, a ganar el Premio Príncipe de Asturias a la Concordia en 2002.

Tiene un currículum apabullante, pero usted siempre ha dicho que lo más importante que ha hecho en su vida es el taller Divan.

En 1948 era evidente que hacía falta territorio para crear una nación del pueblo judío, pero eso era muy difícil de entender para el resto de la población. Poco a poco me fui dando cuenta de que ahí había un problema realmente serio, porque los no judíos se preguntaban por qué éstos, de repente, necesitaban una nación sólo para ellos. Y cuando tuve la posibilidad de hacer algo para promover la convivencia, el respeto y la tolerancia lo hice. Y, repito, eso es lo más importante que he hecho en la vida.

Siempre a través de la pasión por la música.

Es fácil hacerlo a través de la música porque es un lenguaje de integración. Nunca he visto la música como algo elitista y exclusivo, aislado en una torre de marfil, sino todo lo contrario. El proyecto funciona y hemos llegado a resultados de un nivel musical asombroso, porque el trabajo y la voluntad integradora se practican sin descanso. Sé que la música no va a resolver el conflicto, pero hay que hacer lo posible para promover encuentros de personas y culturas diversas.

¿Qué ha podido ver estos últimos años al frente del taller?

De todo. Algún que otro enfrentamiento y muchas historias de amor, porque una orquesta es un microcosmos, ahí dentro hay de todo. Concretamente este año ha sido muy difícil. Estalló la guerra en julio y a pesar de eso ahí estábamos unidos, trabajando, aunque todos sabíamos que las familias de esos chicos estaban luchando unas contra otras. Pero ahí seguían esos jóvenes, haciendo un trabajo musical extraordinario al margen de creencias e ideologías. Aquello se convirtió en una república soberana. Es emocionante pensarlo, ¿no cree?

¿Qué momento atraviesa la música?

En los últimos 50 años la música se ha alejado de la gente, los jóvenes van poco a los conciertos y los periodistas cada vez tienen menos espacio para hablar de ella. Ha perdido su lugar como expresión de cultura y eso es verdaderamente trágico, aunque haya ganado capacidad tecnológica para su difusión. Debería haber un cambio radical en la manera en que la sociedad ve, entiende, estudia y vive la música. De otro modo, cada vez irá perdiendo más papel y se convertirá en una disciplina más y más elitista. La música es algo bello, excitante y muy divertido, que debe formar parte de nuestra vida cotidiana.

¿Cómo es la vida cotidiana de Daniel Barenboim?

Mi hogar está en Berlín, aunque viajo continuamente por todo el mundo. Desde 1982 paso mis vacaciones en San Pedro de Alcántara, en el sur de España, un país del que siempre he estado enamorado. Mi mayor pasión es vivir la música, sentarme yo sólo en mi casa ante el piano me proporciona un placer inmenso, casi físico. ■